

la unidad activa ó el teísmo es la ley de la Judea. Si allí es adorada la Divinidad como substancia inmóvil, aquí es adorada como causa activa y vivificante. Dios allí se revela al hombre por medio de los fenómenos físicos: aquí se revela al hombre por medio de la inspiración entusiasta de los profetas. Allí las castas fijan al hombre en el suelo, como Dios los árboles en sus bosques: aquí la tribu, falange nómada y guerrera, conduce al hombre de la tierra de la esclavitud á la tierra de la libertad, de la tierra de Faraón á la tierra prometida. Allí el hombre es rico de imaginación, débil de cuerpo: aquí el hombre es pobre de ideas, pero de cuerpo robusto y de un carácter lúgubre y sombrío. Allí el hombre es el hombre de la contemplación: aquí el hombre es el hombre de la conquista y de la guerra. El indio, en fin, adora á Dios en el mundo, que está inmóvil: el pueblo judío adora á Dios en el tabernáculo, que marcha precedido de una columna de fuego.

Y ved cómo aun los Gobiernos teocráticos puros se diferencian notablemente entre sí. Ahora bien: la diferencia que existe entre la teocracia panteísta de la India, y la teocracia teísta del pueblo judío, es un fenómeno digno de que le dejemos consignado, porque esa diferencia para la humanidad ha sido un verdadero progreso. Y lo ha sido porque, alimentando el Dios de Israel la actividad humana que proscribía el Dios de la India, ha hecho posible la emancipación del hombre, porque ha hecho posible la resistencia y el combate: combate y resistencia que debían preceder á la victoria. Nada diré del Egipto, porque es el reflejo de la India. Nada tampoco de la China ni de sus veintidós revoluciones, porque ni esas revoluciones ni ese pueblo han influido directamente en el destino del género humano. Pero diré dos palabras de la Persia; de la Persia, señores, que, colocada por la mano de Dios como una tienda magnífica entre la India y la Europa, entre los tártaros y los árabes, ha estado siempre abierta para todos los pueblos históricos y para todas las ideas progresivas y fecundas.

La raza de Irán, por su carácter, por sus costumbres y por

su civilización, se coloca á una distancia igual entre la India y el pueblo judío. En la Persia la sociedad está más civilizada que en el pueblo de Dios¹; y el hombre allí es más activo que en la India. En ésta el hombre se resigna; en el pueblo judío combate. El persa sabe resignarse y sabe combatir. La idea dominante del pueblo judío es la guerra²: el único sentimiento que le conmueve y le subyuga, es el odio al género humano. La Persia no está dominada por ninguna idea exclusiva, por ningún sentimiento absorbente. En fin, señores, la teocracia sufrió en ella una transformación importante. La unidad de Dios se rompe, y el principio del bien, que ha de ser el vencedor, y el principio del mal, que ha de ser el vencido, pugnan allí por la dominación del universo. Cuando la unidad terrible se disuelve, cuando la discordia arde en la habitación de los dioses, el mundo comienza á marchar por sí mismo; el yugo que oprime su frente, es más liviano: el poder del hombre nace, porque el poder teocrático declina. Así, señores, la Persia merece una bella página en la historia de la perfectibilidad humana. El panteísmo indostánico, al tocar su suelo para pasar á la Europa, se modifica y degenera. Cuando llegue la hora del combate sucumbirá, y sucumbió, con efecto: en Maratón, en Salamina y en Platea.

Sin embargo, la teocracia vencida no es la teocracia aniquilada. Atenas la rechaza de sus muros; pero Esparta la abre sus puertas, y la conduce á sus templos.

Cuando se habla de la Grecia en general, se habla de Atenas, se habla de la Jonia, porque ésa es la verdadera Grecia, la Grecia libre, la Grecia vencedora del panteísmo del Oriente. Pero cuando se penetra en la variedad de las ciudades que la

1 Si por civilización se entiende el lujo en las mesas y vestidos, y en las artes que promueven las comodidades y placeres sensibles, Persia, en efecto, fué más civilizada que el pueblo hebreo; mas si se entiende por civilización la perfección de la sociedad, ó sea la consecución del bien temporal del hombre, ordenado á su destino supremo más allá de esta vida, es verdadero delirio tener por más civilizados á los pueblos gentiles que al pueblo de Dios.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

2 Ni la guerra fué el sentimiento dominante en el pueblo judío, ni es cierto que le conmoviera el odio al género humano.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

constituyen, cuando se estudia su organismo interior; el genio dórico, grave y severo, despide algún reflejo amortiguado del genio oriental. La autoridad religiosa no domina en Esparta á la autoridad civil, como ya dijimos antes; pero la autoridad civil no es bastante fuerte todavía para emanciparse de la autoridad religiosa, que la sirve de instrumento. El magistrado necesita aún de la túnica del sacerdote.

Este antagonismo explica la guerra del Peloponeso. Con efecto, era imposible que dejaran de encontrarse de frente alguna vez el genio sombrío y sacerdotal de Esparta con el genio democrático y petulante de Atenas. En el terrible combate á que apelaron, el genio dórico, ya la sabéis, llevó lo mejor de la batalla. Un nuevo espectáculo se presenta después á nuestra vista. Alejandro ha aparecido en el mundo. ¿Cuál fué su misión, señores? No sé si me acusaréis de amigo de paradojas, y tal vez de visionario: su misión fué salvar el genio griego esclavizando á la Grecia, porque, esclavizándola, se asimiló al Oriente por medio de sus victorias: al Oriente, señores, que fué vencido por la espada de Alejandro después de haber sido vencedor con la victoria de Esparta. Alejandro es la Grecia vencida, que se personifica en un hombre para sorprender al vencedor en sus propios hogares, cuando aún le dura la embriaguez de su reciente victoria. Así, Roma vencida en Italia, va á pedir cuenta á Cartago de las victorias de Aníbal.

He nombrado á propósito á Roma. Ella es la que después de la Grecia se presenta á nuestra vista. El despotismo teocrático parece inmortal; señores, también en Roma se encuentra. Dos genios encontrados luchan en su seno: el genio latino, que representa la libertad, y el genio etrusco, que representa el despotismo teocrático del Oriente. Roma, en una palabra, es Esparta y Atenas encerradas dentro de un mismo recinto.

Roma recibió de la Etruria su ciencia augural, sus ceremonias ténébres y su religión siniestra y sombría: del Latium recibió sus costumbres agrícolas, y de los latinos sus costumbres guerreras. El principio etrusco dominó evidentemente en

los primeros tiempos de su historia. Como prueba de su preponderancia en las costumbres, bastará citar su preponderancia en las primeras leyes de Roma. En los fragmentos de la ley de las Doce Tablas, que aún se conservan, hay once artículos consagrados á los muertos. En ellos se lee este anatema supersticioso y terrible: *Todo el que pronuncie un encanto funesto, es parricida*. Ya veis, señores, que sólo podría dar toda su expresión á esta sentencia de muerte una voz que saliera de una tumba.

No es mi ánimo referir aquí los triunfos y los reveses de los dos principios que se disputaron el dominio del Capitolio: esto me alejaría demasiado del objeto de este curso, que no es un curso de Historia. Bastará para mi propósito, después de haber conocido en Roma la presencia del principio teocrático, decir que éste se debilitó considerablemente con las victorias de los plebeyos, que eran sus antagonistas, sobre los patricios, que eran sus depositarios, y que este combate tuvo fin con la república romana, con la cual, como he observado en otra ocasión, ambos principios sucumbieron. Del Imperio nada diré, sino que Roma era una casa de prostitución al servicio de los Césares. Los bárbaros del Norte la purificaron. La Religión cristiana se apoderó de la tutela del mundo, y los Pontífices, desde el Capitolio, llenaron la alta misión de constituir la sociedad, que había sido disuelta en el naufragio de Roma.

Una nueva teocracia se organizó entonces. En la lección segunda vimos ya que ella era el único poder posible en la Europa moderna, porque ella sola podía sustituir un lazo de unión al principio disolvente de la independencia germánica. Entonces examinamos su origen, sus progresos, su decadencia y su ruina: su origen remonta á los tiempos inmediatos á la conquista de los bárbaros del Norte: su movimiento progresivo se dilata hasta fines del siglo XIII: su movimiento de decadencia principia en el XIV, en que Nicolás Rienzi proclama en Roma el tribunado, los Papas se retiran á Aviñón, la corrupción invade la Italia, los *condottieri* recorren sus hermosas

poblaciones, el crimen se introduce en los palacios; la inteligencia se emancipa de la Teología¹, comienza la restauración de la antigüedad griega y romana, y Wiclef levanta la bandera de las reformas políticas y religiosas. A mediados del siglo XVII se consuma la destitución del despotismo teocrático². En su última mitad se consuma en Inglaterra la destrucción del despotismo de los reyes, y á fines del siglo XVIII el despotismo teocrático y el despotismo de los reyes, que de él había nacido, desaparecieron completamente del Mediodía de la Europa, vencidos, y vencidos para siempre, por la revolución francesa, que es, señores, una revolución humanitaria³.

Si reflexionamos sobre este gran período de la Edad Media que la ocultaba en su seno, veremos con admiración que la existencia de todos los elementos que luchan en él ha sido necesaria para que se verificase la emancipación de la sociedad y la emancipación del hombre. Sin el poder teocrático de los Papas, que eran los representantes de la idea religiosa, único vínculo de unión entre los conquistadores y los conquistados, entre los vencedores y los vencidos, la sociedad hubiera sido imposible. Sin la preponderancia de los reyes, los pueblos no hubieran podido esquivar el yugo de los soberbios varones. Sin los varones feudales, que opusieron un espíritu constante de localidad al espíritu absorbente de los pontífices de Roma⁴, la teocracia no hubiera podido ser vencida. Así, señores, el dedo de Dios, que es visible en la Naturaleza, es también visible en la Historia.

Réstanos sólo averiguar cómo se ha generalizado en la Europa la idea del derecho divino de los reyes.

¹ En los neopaganos del Renacimiento y en los secuaces del heresiarca Lutero.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

² Lo que se consumó fué el cesaro-papismo de los príncipes, cuya ceguera no les dejó ver que, oprimiendo á la Iglesia, iban al cadalso ó á la proscripción.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

³ Santánica, y por consiguiente impura y homicida hasta derramar ríos de sangre: éste fué al humanitarismo de la revolución francesa.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

⁴ Así pagaba tributo Donoso al espíritu liberal que le poseía, ofendiendo al Pontificado romano.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

Esta idea no es propia de la civilización germana; entre las nieves del Norte, sólo la independencia del hombre es de derecho divino. Su germen se encuentra entre los escombros de la civilización vencida; para estudiarle es preciso que consideremos el Imperio.

Es doctrina corriente entre todos los legistas romanos que el pueblo por la *Lex regia* había abdicado su soberanía, y había resignado todos sus derechos en manos de los emperadores. Esta máxima estaba en posesión de la sociedad cuando los bárbaros del Norte la inundaron con sus huestes.

Veamos cómo penetró en la nueva sociedad esta teoría, y cómo al penetrar en ella se transformó en derecho divino.

El poder de los jefes de los bárbaros había sido en los bosques efímero y transitorio. La asamblea de los hombres libres era la única soberana que todos reconocían. Pero cuando sus tiendas, eternamente vagantes, se fijaron en el suelo después de la conquista; cuando se vieron dispersos en un inmenso territorio; cuando de la vida nómada pasaron á la vida estable; en fin, cuando pusieron un término á su larga peregrinación, tuvieron necesidad de reconocer un poder público más fijo, más estable, más poderoso, y le reconocieron de hecho en los jefes que los habían conducido á la victoria. Sin embargo, las atribuciones de los reyes bárbaros eran todavía demasiado limitadas para que pudiese peligrar la libertad y la independencia del pueblo vencedor. Habiendo pasado del período errante al período fijo de la sociedad, las nuevas relaciones de los individuos con el jefe del Estado, y las de la sociedad vencedora con la sociedad vencida, hacían necesaria la existencia de las leyes, que escribiéndola fijasen la costumbre, y que estableciesen de un modo permanente las relaciones entre el monarca y el súbdito, y las transacciones, demasiado frecuentes ya, de los particulares entre sí. Ahora bien, señores, los bárbaros para todas estas cosas tuvieron que recurrir á los sacerdotes y á los legistas, que eran los únicos depositarios del saber en aquellos tiempos de obscuridad y de tinieblas; y como los sacerdotes y los

legistas estaban educados en las máximas despóticas de la ley imperial, hicieron pasar sus doctrinas, y aun sus expresiones, á todas las fórmulas judiciales y á todos los documentos históricos. Pero como no podían fundar la soberanía de los reyes bárbaros en la *Lex regia*, la hicieron descender del cielo ¹. Nadie protestó entonces contra esta teoría, que era una decepción. No los reyes bárbaros, porque se adormecían blandamente con los perfumes que se quemaban ante su divinidad. No el pueblo vencido, porque estaba acostumbrado á la más pesada servidumbre. No el pueblo vencedor, porque se veía ensalzado en sus reyes, que ni tenían fuerza, ni voluntad entonces para oprimir á los hombres que habían conquistado el mundo con su espada. Y ved, señores, cómo sin protesta de nadie se introdujo una mentira en la Historia.

Cuando los reyes quisieron convertir más adelante esa mentira en un derecho, la Europa contestó á su blasfemia con una revolución, que fué una verdad, y una verdad bien terrible. De hoy más, el despotismo no puede existir sino como un accidente pasajero. Y no puede existir porque la teocracia, que es su forma natural y primitiva, ha desaparecido para siempre. El Indo y el Ganges la han visto nacer; el Támesis y el Sena han sido su sepulcro. El espacio inmenso que los separa, es el palenque en que la teocracia ha combatido cuerpo á cuerpo con el género humano. Ese combate ha ocupado á la fábula, ha llenado la Historia y ha fatigado los siglos. De hoy más, ni la fábula divinizará sus laureles, ni la Historia nos contará sus combates, ni los siglos estarán llenos de sus vicisitudes. La humanidad necesita de reposo después de haber combatido, puesto que el monstruo está á sus pies y no se levantará; no, señores, no se levantará; porque lo que una vez pasó no vuelve; los muertos no resucitan, y el derecho divino muerto está. Por ventura, ¿no hemos asistido todos, todos, á sus regios funerales? Un solo

¹ Contra toda esta vana declamación bueno será recordarlos la doctrina de la Iglesia acerca del origen de la potestad civil, tal como se contiene en la admirable Enciclica de León XIII de 29 de Junio de 1881.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

príncipe ha querido evocar su sombra, y en mal hora para su raza la evocó, porque en aquel mismo instante desapareció del mundo el trono de Clodoveo y se levantó el trono de Julio ¹. ¿Qué vieron entonces los ojos de la Europa? Vieron atravesar las plazas públicas ministros condenados: atravesar los mares reyes proscritos. ¿Contra quién combatiría ya la humanidad? ¿Contra quién combatiría este Hércules? Por ventura, ¿no está ya la tierra purgada de monstruos? Señores, no nos olvidemos que si es terrible el Hércules cuando combate y magnífico cuando vence, sólo es sublime el Hércules en reposo.

¹ Que cayó también.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)